

que el doctor estaba muy lejos de poseer; y con las voces técnicas más precisas le combatía, le presentaba objeciones, y, en fin, le desesperaba. Lo peor era que, acostumbrado don Eleuterio, el médico, a la mala manía de hablar delante de sus enfermos legos en los términos del arte, porque así ni él mentía ocultando la gravedad del mal, ni los enfermos se alarmaban demasiado, porque no le entendían, a veces se le escapaba delante de don Narciso alguna de esas palabrotas poco tranquilizadoras para quien las entiende; y el paciente, erudito, siquiera fuese a la violeta, ponía el grito en el cielo, se alborotaba, y si no pedía la Extremunción no era por falta de miedo. Había que tranquilizarle, mentir, establecer distingos, en fin, sudar ciencia y paciencia, y no para curarle, sino para que se volviese a sus casillas. don Eleuterio aguantaba todas estas impertinencias porque el parroquiano o cliente era de oro por lo bien que pagaba, y, además, hombre influyente y de mucho viso; en fin, no se le podía plantar, pese a todas sus... cosas, como las llamaba el médico por no insultar al otro.

Y no valía que las palabras terminadas en *itis* o en *algia*, y otras no menos bárbaras, fuesen de uso completamente nuevo, acabadas de componer por un sabio, autor de libro o artículo de revista, o de laboratorio; todo lo comprendía el entrometido, porque como picaba también en las lenguas sabias, no era *manco* en la griega, o mejor, no era *deslenguado*; y en seguida, anhelante, preocupadísimo, analizaba los componentes del terminacho flamante, y sea con ayuda del léxico, o sin ella, sacaba en

limpio... que él tenía el hígado mechado, como dice un personaje de *Zaragüeta*, o el *riñón cubierto*... de úlceras, o cualquier otra barbaridad.

Aquello era un purgatorio. La familia de don Narciso pagaba el suplemento de las pejugueras que tenía que aguantar el facultativo. Al cual le costaba más trabajo hacerse respetar, en nombre de la autoridad de la ciencia, porque, cuando estaba sano el amigo don Narciso, solían convenir, sobre todo si tomaban juntos a la sazón café y copa, en que la Medicina está en la edad de piedra, y puede que nunca alcance la de oro. Los dos hacían alarde de su escepticismo terapéutico; el médico, muy vano porque creía que era un acto de imparcialidad sublime y de abnegación el confesar él semejante *bancarrota* (palabra de moda en las ciencias), contra lo que le aconsejaban sus intereses; y el otro, muy hueco porque lucía su erudición trayendo a cuento a los ilustres varones que habían renegado de médicos y medicinas. «Como dijo Molière... Según Montaigne... Dijo Quevedo», etcétera, etc.

Y, claro, cuando había que agarrarse a un clavo ardiendo, recurrir a la Medicina, porque don Narciso se iba por la posta, ¿con qué cara le hablaba don Eleuterio de la eficacia de las recetas ni aun de la probabilidad de los diagnósticos? ¿No habían convenido en que el *juego fatal de los fenómenos naturales* era demasiado *complejo* para que el hombre pudiera tener la pretensión de penetrar en su enmarañada urdimbre? Todo iba a dar a la química... y la *verdadera* química estaba en mantillas.

No se sabía si existían los átomos; lo probable

era que no; y, sin embargo, los átomos eran indispensables para la química... y ni aun esto era ya muy seguro, según las recientes disputas de Ostwald, Cornu, etc. De modo que todo estaba en el aire... todo se reducía a conjeturas, a hipótesis... ¡y a don Narciso le llevaban los demonios, porque no quería que el importantísimo negocio de su *rápida* curación dependiese de nada hipotético... «*Ó ji o ja*», gritaba él; *ji* era la muerte y *ja* la salud. Y aunque decía *ji* o *ja*, al médico no le permitía decir más que *ja*. Y *ja* decía don Eleuterio a regañadientes, porque le gustaba ser claro. Pero en diciendo él *ja* (la salud, sin duda), se irritaba el otro, y exclamaba:

—¿Usted qué sabe? a mí no se me engaña. Tanto cree usted en esas pócimas como yo; ni usted ni nadie sabe lo que yo tengo en el bazo, ni lo que puede sobrevenir en el hígado... ¡Todo es farsal! Usted me lo ha confesado mil veces.

Y así se pasaba la vida, haciéndola más miserable y menos apetecible de tanto apetecer prolongarla y de tanto temer la muerte.

Un día don Eleuterio se puso muy serio, a la cabecera de la cama de don Narciso; sacó el reloj, tomó el pulso, examinó detenidamente al enfermo, y con un tono autoritario que, por de pronto, sorprendió y sobrecogió al paciente, impuso su voluntad y declaró que iba a recetar una cosa que estaba indicadísima para evitar complicaciones serias que podían sobrevenir, de que ya había indicios. Y no dió más explicaciones; no dijo qué *casa* era aquella. Don Narciso, asustado, débil, no pudo

mostrar la energía de otras veces para ponerse al cabo de lo que se iba a hacer con él.

A sus tímidas indicaciones, el médico, con voz seca, contestó (seguro de ejercer en aquella ocasión cierto poder sugestivo):

—No puede usted entender la fórmula de esto: es cosa nueva; esta noche he estudiado la cuestión, y resuelvo que esto es lo que conviene; se trata de algo muy complejo, que usted, profano al fin, no comprendería. Y no hay que andarse con bromas, podrá el remedio no servir; pero sin él..., es seguro...

—¿El qué?

—Es seguro que estamos... mal.

Cada vez más acoquinado, dijo don Narciso, por decir algo:

—Bueno; pues... que traigan pluma y papel... o pase usted al despacho...

—No: no hace falta; tengo prisa. Aquí mismo; traigo yo papel y lápiz... Y esas plumas de usted nunca parecen... y eso que es usted escritor.

Y diciendo y haciendo, sacó de un bolsillo interior una cartera, buscó en ella un papel y un lápiz, y en pie, apoyando el papel en la cartera misma, escribió rápidamente la receta. Quería aprovechar aquel momento de dominio sugestivo sobre el enfermo, y no quería dilaciones por causa de pormenores materiales. Nervioso, pero con aspecto de triunfo, guardó sus chismes de escribir, se despidió con pocas palabras y salió, después de entregar a uno de la familia el papelito, símbolo de su victoria sobre el empecatado don Narciso.

Vino la medicina, la tomó el enfermo, como un

doctrino, en la forma que al salir había detallado el médico, y no hubo más.

Así, como media hora después de tragarse la pócima, don Narciso, revolviendo impaciente los pliegues del arrugado embozo del lecho, tropezó con un papel escrito.

—¿Qué es esto?, pensó. ¿Quién ha dejado esto aquí? ¡Ah!, ya caigo. Este papel se cayó de la cartera de don Eleuterio—. Como no era carta, ni cosa por el estilo, su curiosidad no encontró resistencia cuando le pidió que leyera aquel documento.

Y leyó. ¡Cosa más rara! Eran unos apuntes que podían llamarse reflexiones sueltas acerca de la Medicina en general. ¡Pero qué reflexiones! No sólo eran incoherentes, sino que subvertían todo el orden de la terapéutica; tomaban a contrapelo la patología, y suponían un criterio de escepticismo caprichoso respecto de la ciencia tradicional; y en cambio, se veía clara una tendencia a admitir la eficacia de lo maravilloso, a suponer en la realidad, en el *fondo de la química*, según palabras que se leían allí, misteriosas relaciones, virtudes cuasimorales de los llamados *simples* con que no contaba ni podía contar la Medicina, porque desconocía la naturaleza, y aun la existencia, de tales elementos de la vida natural, y nadie podía decir de sus causas ni de sus efectos. Se exageraba en aquel papel la autosugestión; se suponía que, siendo el hombre *microcosmos*, tenía, por *autarquía* y *autonomía* de la vida *universal-individual*, un mundo aparte, *individual*, de leyes naturales, diferen-

tes para cada cual. Así como Protágoras había dicho que «el hombre era la medida de todo» con relación al conocimiento, significando que la verdad para cada cual era diferente, allí se aseguraba que las enfermedades y los remedios en cada ser individual eran diferentes también. Después venían burlas sangrientas, sarcasmos feroces contra médicos, escuelas, hipótesis científicas, etc., todo en estilo nerviosísimo, entre paradojas e hipérbolos, incongruencias, imágenes alambicadas y extravagantes...

—No cabe duda —pensó don Narciso—; este hombre está loco; ¡quién lo había de decir! Aquí tengo el pensamiento secreto de mi médico: este papel se le ha caído de la cartera cuando la sacó para escribir la receta; este papel representa el íntimo pensar de mi médico..., y esto es obra de un loco ilustrado, de un doctor... a quien se le han hecho los sesos caldo. ¡Dios mío..., y yo estoy en manos de este demente, a merced mi salud de los caprichos de una vesania!

Y siguió leyendo, y de repente dió un grito espantado. Porque había leído esto:

«El único médico bueno del mundo no es médico, es *médica*: la Casualidad.»

»Sólo podéis curar vuestros males jugando a la lotería. Una receta debe ser algo así como un *décimo* o muchos *décimos*. El motivo es obvio. No es cierto que la ignorancia en que estamos del fondo virtual de la *esencia* de las cosas aconseje la abstención de medicamentos. El mal, por lo común, no desaparece por sí solo. Lo que hay que hacer es... jugar a la lotería el mayor número posible de

billetes, para aumentar las probabilidades de curar... y las de reventar. («¡Loco rematado!», gritaba al llegar aquí don Narciso.) El que no se aventura no pasa la mar. El médico y el enfermo deben ser valientes, jugar el todo por el todo. La receta debe contener la mayor cantidad posible de principios curativos que no se neutralicen, todos de positiva eficacia en su género. De este modo, si no se ha dado en el clavo, sino en la herradura, se puede matar al paciente, es verdad; pero también puede suceder que su mal no tenga relación ni con el efecto nocivo ni con el benéfico del resultado de la combinación compleja de agentes. Puede también suceder que ésta resulte inofensiva para todo temperamento y para todos los órganos, en todos los estados. Y, por último, puede suceder que la acción de alguno de los componentes, o de la reunión de varios, o de la total, sea la que se buscaba a ciegas. Y entonces tenemos la receta modelo... *a posteriori*. La firma... la *médica única*, la Casualidad. Jugad muchos billetes y podréis tener más probabilidades de sanar... o de reventar.»

—¡Reventar, reventar de seguro! —gritaba don Narciso fuera de sí, casi decidido a saltar de la cama, víctima del pánico.

Se colgó del cordón de la campanilla; pedía socorro. «¡Envenenado! ¡Estoy envenenado!», decía lleno de terror a los parientes y criados que rodearon el lecho...

—¡Lo que me habrá dado ese loco! ¡Dios mío! ¡Qué números, qué serie de la lotería me habrá tragado yo!

—¿Pero estás loco?... —le preguntaban.

—No, yo no; el médico... Pronto, a escape, un contraveneno... un vomitivo...

—Irán a la botica...

—No, no, es tarde; corre prisa... Aceite, ¡todo el aceite que haya en casa!... ¡Venga aceite!

Bebió no sé qué cantidad fabulosa de aceite. Por aquella boca salió a poco... lo que no puede decirse. Debió de haberse quedado hueco. Le venció la debilidad y se quedó entre aletargado y dormido.

Se llamó a don Eleuterio. Cuando despertó don Narciso lo tenía inclinado sobre su cabeza, observándole.

—Pero ¿qué hace aquí ese hombre?

Don Eleuterio creyó que deliraba. En fin, después de muchos despropósitos, hubo explicaciones. Don Narciso sintió que se sentía muy bien.

—¡La medicinal! —dijo don Eleuterio.

—No; el aceite.

El médico se echó a reír, y dijo:

—Puede.

Aquel papelito que tanto había alarmado al enfermo no era cosa de su médico; éste, por curiosidad, lo había recogido entre otros muchos que había dejado un pobre estudiante de Medicina que había muerto loco en el hospital.

A los pocos días del susto y de *desfondarse*, don Narciso se paseaba ya por casa y comía con apetito.

Y una tarde, don Eleuterio, que había estudiado muy bien la rápida y milagrosa curación *espontánea* del inaguantable cliente, le dijo:

—Pues hay que confesarlo; el loco del hospital... acertó con ese testamento *científico*. Quien le ha

curado a usted ha sido *la médica*, la Casualidad. Reconozco, sé positivamente, que lo que usted necesitaba, y yo no caía en ello, no era lo que yo le di, sino lo que usted tomó para arrojar lo otro.

—¿Aceite?

—Si no aceite por necesidad, algo que surtiera el mismo efecto. La cosa parece muy grosera; pero la verdad es que *usted tenía dentro algo que no sabemos lo que era*; y que le hacía falta librarse de ello, y se libró... por creer que yo estaba chiflado. Le han curado a usted entre un demente y la Fortuna. Dos locos.

—Sobre todo, me ha curado... *la médica*.

(De *El gallo de Sócrates*.)

SNOB

ROSARIO Alzuela comenzaba a cansarse del *Rgran éxito* que su hermosura estaba consiguiendo en Palmera, floreciente puerto de mar del Norte. Era lo de siempre: primero la pública admiración, después el homenaje de cien adoradores, tras esto el tributo de la envidia, la forma menos halagüeña, pero la más elocuente de la impresión que produce el mérito; y al cabo, el hastío del amor propio satisfecho, y las punzadas de la vanidad herida por rivalidades que la aprensión hace temibles. Además, el natural gasto de la emoción era de doble efecto; en la admirada y en los admiradores producía resultados de atenuación que estaban en razón directa; cuanto más se la admiraba menos placer sentía Rosario, acostumbrada a este tributo, y el público, que ya se la sabía de memoria, al fin alababa su belleza por rutina, pero sin sentir lo que antes, pues la frecuencia de aquella contemplación le había ido mermando el efecto placentero.

En la playa, en los balnearios, en los conciertos matutinos, en los paseos del muelle y de los par-

ques, en el pabellón del Casino, baile perpetuo en el real de la feria, en las jiras de la pretendida *high life* palmerina y forastera, en todas partes la de Alzqueta era la primera; para quien la veía por primera vez, la única. A los teatros no iba nunca; despreciaba los de Palmera; decía que se asfixiaba en ellos; prefería dejarse contemplar, sentada, a la luz eléctrica, bajo un castaño de Indias del paseo de noche.

La llamaban la *Africana*: era muy morena y hacía alarde de ello; nada de polvos de arroz ni de pintura. Era un *bronce*, pero del mejor maestro. Afectaba naturalidad. Era un jardín a la inglesa de un *parvenu* continental; de esos jardines en que se quisiera imitar a la naturaleza a fuerza de extravagancias y falta de plan y comodidades.

Rosario, que era por el alma un puro artificio, pretendía poseer la sencillez, el sincero candor, como si tan altos dones fueran cosa fácil de adquirir para una muchachuela como ella, en resumidas cuentas mal educada. Segura de su belleza plástica, creía que por añadidura se le debía el encanto de la gracia inocente. Esplendorosa planta de estufa, quería que se la tomase por violeta escondida y humilde. Al montón de los admiradores les engañaban tales apariencias; los más adoraban en ella, con más entusiasmo que su evidente belleza de hembra y de estatua, aquella naturalidad contrahecha, con la misma fe estúpida con que veían idilios en los episodios del galanteo en una fiesta de un jardín amañada por un Tecrito con faldas, ayudado por algún Mosco o Bion, revistero de salones.

Si Rosario hubiera sido *bas bleu* una literata, siquiera una romántica rezagada, hubiera podido tener cierto fondo, aunque repugnante, para las formas de falsa naturalidad, de sencillez pristina y de paraíso. Pero su espíritu sólo estaba ocupado por vanidades de sociedad y por inclinaciones sensuales, egoístas y prosaicas: era lo que habían hecho de él la vida frívola, sin ideas, de instinto y rutina, de sensualidad rastrera y trivial en que desde el nacer se la había tenido metida como en una pajarera.

Era aquella alma de multitud, un poco de ruido de muchedumbre metido en un cuerpo de diosa de museo. Se creía *distinguida*, ser *aparte*, excepcional, musa de la soledad y el silencio, y era algo así como número del programa de unas fiestas.

No había alcanzado los tiempos en que ciertos ensueños literarios eran populares, aun en nuestro país, y no podía imitar a heroínas de poemas, ni fingir *efectos de luna* en las aguas muertas de su espíritu, charca triste, sin fondo misterioso ni poesía en la orilla. No sabía nada de cuanto imaginó el mundo para figurarse la vida interesante, transcendental; y era hasta cómico el contraste de sus posturas, gestos y demás artificios de expresión, con la ruin trivialidad de sus juicios, reflexiones, deseos, gustos y tendencias. Póngase algún ejemplo: afectaba naturalidad, sencillez, encantadora gracia para decir que... le gustaba más el *género chico* que el *grande* en el teatro, o que prefería un artículo de Taboada a unos versos de Felipe Pérez, o que *no le resultaba* la Cibeles donde la habían puesto.

La de Alzueta había visitado tierra extranjera, sí, y de ello estaba muy orgullosa, y por ello tenía no pocas máculas; pero de lo extranjero sólo conocía superficies, cosas de las *guías* y de las ilustraciones, sección de grabados. Modas, fiestas, causas ruidosas, vida de ferrocarril y de exposición, preocupaciones de clase... esto era lo que Rosario podía ver y considerar fuera de su patria lo mismo que en ella. Por lo cual no podía ni siquiera imitar a esas mujeres, tal vez no más apreciables que ella, pero más amenas, que saben *distinguirse* por esos mundos, con aventuras ideales, con teosofías, empresas raras de caridad o de socialismo, idolatrías de arte, fetichismos de adoración al genio, etc., etcétera, o lo que es menos malo que todo eso, grandes exageraciones y extravagancias amorosas. De especie de *gran mundo* espiritual, falso y pernicioso, pero menos vulgar y pedestre, nada sabía Rosario.

Hablaba mucho, discutía mucho, era un ergotista invencible en las carreras de resistencia; nunca le faltaba un argumento baladí de esos que no tienen respuesta por su misma insustancialidad e incongruencia. Entendía de todo aproximadamente, como esos periodistas que hoy abundan, los cuales, según las estaciones y las circunstancias, son críticos de teatros, de pintura, de tribunales, de *sport*, de libros, de política o de salones. Defendía a Wagner a gritos en el Real, sin oír, ni dejar oír a los demás lo mismo que estaba alabando. Era la musa de la vulgaridad del día, del sufragio universal de la tontería ambiente. Su estilo, hablando, era el de esos gacetilleros sosos que hoy

tenemos, que por toda gracia usan algunas muletilas insignificantes, frases hechas y convencionalismos pasajeros. Daba pena oír de aquella boca tan hermosa, hecha para callar divinos misterios de la poesía, tantas sandeces envueltas en *latas*, *infundios* y otros terminachos bajos y feos. *Me resulta, no me resulta*, decía a cada instante aquel juez con faldas, que olvidaba su hermosura por su ergotismo. Les *veía o no la punta* a las cosas y las despreciaba si estaban *mandadas recoger*. Mareaba aquella hermosa hembra, que parecía un periódico de esos llenos de crónicas insulsas que suelen tener tantos compradores.

Como otras muchas de su clase, fundaba su patriotismo en hablar con cierta sequedad algo *chulesca*, en huir del eufemismo y la perífrasis, aun para tratar materias que reclaman la lítote por bien del decoro. Pocas cosas más repugnantes que esas formas crudas que cierta parte de nuestras damas aristocráticas y sus imitadores afectan como sello de nacionalidad. El contraste de esos malos modos, de ese *rompe y rasga* inoportuno, con las demás formas especiales de la vida elegante, delicada y ceremoniosa, es, de puro chillón, escandaloso. Rosario, imitando a ciertas damas de alto copete, era de las que más exageraban ese vicio; que en ella resaltaba con desgraciada originalidad, por su prurito de ser natural y sencilla con redomado artificio.

Esta mujer, que era así, por triste sarcasmo de la realidad, bellísima de cuerpo, ridícula en espíritu, aunque esto último lo notaban pocos; esta

mujer se aburría ya en Palmera, en medio de sus triunfos; porque, en resumidas cuentas, ninguno de sus flamantes adoradores le parecía digno de que ella fijase en él la atención ni por un día.

Pero una tarde, paseando por la playa, vió llegar por el mar, del Norte lejano, en un *yate* muy elegante, de grandes velas triangulares, tersas, largo, estrecho, sutil, como un espíritu de las ondas, vió llegar el Lohengrín de sus ensueños.

Era un joven inglés, Aleck Bryant, hijo de opulentísimo landlord de Pembroke. El rubicundo Alejandro venía, por un capricho, desde Milford, a la ventura, mar adelante; y llegaba a Palmera nada más que por seguir cierta línea recta... Pero a los pocos días procuraba aclimatarse; le gustaba aquella España del Norte, que no se parecía a la de sus lecturas, y sí más bien a la *verde Erin* que él dejaba al Noroeste. Lo más escogido de la colonia elegante que veraneaba en Palmera acogió con los brazos abiertos al noble inglés, como era natural; se disputaban su amistad y compañía los *sportmen* de más tono... y, desde luego, las muchachas más seductoras de la *alta sociedad* le convirtieron en una especie de *premio extraordinario* en aquella constante exposición de coquetería.

Bryant era guapo, robusto, riquísimo, instruído, elegante, gran viajero, hombre de mundo y de *sport*; tenía *esprit*, en fin, todos los dones del caticismo de los barbarismos de la distinción y de la *crema*.

Rosario Alzueta pronto vió en él buena presa. Era digno de su orgullo. Se le presentaron, y ella, para seducirle sacó todos los chismes de matar

corazones, el fondo del baúl de su naturalidad de jardín inglés falsificado. Además, echó mano de su caudal de gracias y habilidades exóticas. Poco tardó Aleck Bryant en saber que la de Alzueta había corrido en velocípedo nada menos que sobre la arena de Battersea Park. Hablaba, como si fueran amigas suyas, de la famosa Mrs. Humfrey y de las ilustres velocipedistas duquesa de Portland, condesa de Dudley, marquesa de Hastings, y hasta indicaba haber tenido ciertas relaciones con la Princesa Maud de Gales, la duquesa de York y la mismísima reina de Italia.

Supo Bryant, a la fuerza, que en la famosa disputa de las damas ciclistas acerca del traje propio para tal ejercicio, Rosario Alzueta se adhería al partido aristocrático, que estaba por la falda (*skirt*).

El noble inglés escuchaba a la hermosa *Africana* sonriente, en silencio, devorándola con los ojos azules, dulces entre malicia; apenas se enteraba de lo que le decía en un francés que parecía mal castellano. Era, sin duda, la mujer más hermosa de los baños; y mientras no siguiera su viaje, Alejandro no tenía por qué separarse de ella; y no se separaba, a no ser cuando lo exigían las muchas correrías del valiente excursionista por aquel pintoresco país.

Rosario ya no dudaba de la preferencia. ¡Qué victorial!

Pero una noche, en el paseo que amenizaba la música de un regimiento, sentada Rosario en su trono de deidad del bosque municipal, si no bajo

la copa de una encina, cabe las ramas de un castaño de Indias... oyó, allí, muy cerca, *algunas sillas* más atrás, una conversación en francés que entendió vagamente y que la interesaba mucho. Un caballero extranjero, amigo nuevo de Bryant, procedente de Biarritz, hablaba con el inglés, de ella, de Rosario; estaba segura. No podía coger todos los pormenores del diálogo; pero la substancia sí. Ello era que el extranjero, sin sospechar que ella los oía, preguntaba a Bryant si era cierto que le interesaba aquella hermosísima española morena. Cuando llegó lo más importante de la respuesta del inglés, disimuladamente Rosario volvió un poco la cabeza y pudo observar la fisonomía, el gesto del que juzgaba su adorador más rendido... ¡Cosa extraña! En el francés del viajero británico la de Alzueta quiso oír alabanzas de su belleza, de que ella jamás había dudado; pero algo más debía de decir el mozo, porque el tono de su voz, el gesto que acompañaba a sus palabras, no significaban entusiasmo, sino cierta desdeñosa lástima sincera, algo mezclado de tenue y discreta burla... En fin, pudo oír perfectamente que Alejandro Bryant decía de ella, de Rosario, que era... *snob*.

«¡Snob!» La de Alzueta conocía la palabreja, pero no sabía a punto fijo lo que significaba... Temía que no fuese nada bueno.

Una terrible corazonada la hizo ponerse roja de vergüenza; un presentimiento la decía que *snob* era la manera de decir *cursi* en inglés.

Aquella noche no durmió, dándole vueltas en el cerebro a la dichosa cuestión filológica.

Al día siguiente, en la playa, preguntó a un amigo, catedrático de retórica en un instituto, qué significaba *snob*. El catedrático se extendió en consideraciones... Según el diccionario que él tenía, significaba hombre vulgar, de pretensiones; Thackeray, en su famosa novela *Vanity fair* (la feria de la vanidad), usaba el vocablo en el sentido de necio, estúpido, majadero o cosa por el estilo... y por ahí adelante. Rosario dejó al erudito con la palabra en la boca. Bryant no la había llamado a ella necia, ni vulgar, ni presuntuosa... no, no era eso... ¡Snob! ¡snob! Cuando aquella misma tarde encontró al inglés, siempre sonriente, en la *garden party* de la marquesa de X**, Rosario le leyó en los ojos en seguida la traducción de la dichosa palabreja...

¡Ay! Sí; en los diccionarios el significado no sería exacto; pero en aquella mirada, la dulce malicia de los ojos azules, al gritar:

—¡Snob! ¡snob! —estaba gritando:

—¡Cursil ¡cursil

(De Cuentos morales.)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV. "ITINA"
"ALFONSO REYES"
Rd. 1625 MONTERREY, MEXICO

UN VIEJO VERDE

OID un cuento... ¿Que no le queréis naturalista? ¡Oh, no!, será *idealista*, imposible... romántico...

Monasterio tendió el brazo, brilló la batuta en un rayo de luz verde, y al conjuro surgieron, como convocadas, de una lontananza ideal, las hadas invisibles de la armonía, las notas misteriosas, gnomos del aire, del bronce y de las cuerdas. Era el alma de Beethoven, ruiñeñor inmortal, poesía eternamente insepulta, como larva de un héroe muerto y olvidado en el campo de batalla; era el alma de Beethoven lo que vibraba, llenando los ámbitos del Circo y llenando los espíritus de la ideal melodía, edificante y seria de su música única; como un contagio, la poesía sin palabras, el ensueño místico del arte iba dominando a los que osan, cual si un céfiro musical, volando sobre la sala, subiendo de las butacas a los palcos y a las galerías, fuese con su dulzura, con su perfume de sonidos, infundiendo en todos el suave adormecimiento de la vaga contemplación extática de la belleza rítmica.

El sol de fiesta de Madrid penetraba disfrazado de mil colores por las altas vidrieras rojas, azules, verdes, moradas y amarillas; y como polvo de las alas de las mariposas iban los corpúsculos iluminados de aquellos haces alegres y mágicos a jugar con los matices de los graciosos tocados de las damas, sacando lustre azul, de pluma de gallo, al negro casco de la hermosa cabeza desnuda de la morena de un palco, y más abajo, en la sala, dando reflejos de aurora boreal a las flores, a la paja, a los tules de los sombreros graciosos y pintorescos, que anunciaban la primavera como las margaritas de un prado.

Desde un palco del centro oía la música, con más atención de la que suelen prestar las damas en casos tales, Elisa Rojas, especie de Minerva con ojos de esmeralda, frente purísima, solemne, inmaculada, con la cabeza de armoniosas curvas, que, no se sabía por qué, hablaban de inteligencia y de pasión, peinada como por un escultor en ébano. Aquellas ondas de los rizos anchos y fijos recordaban las volutas y las hojas de los chapiteles jónicos y corintios y estaban en dulce armonía con la majestad hierática del busto, de contornos y movimientos canónicos, casi simbólicos, pero sin afectación ni monotonía, con sencillez y hasta con gracia. Elisa Rojas, la de los cien adoradores, estaba enamorada del modo de amar de algunos hombres. Era coqueta como quien es coleccionista. Amaba a los escogidos entre sus adoradores con la pasión de un bibliómano por los ejemplares raros y preciosos. Amaba, sobre todo,

sin que nadie lo sospechara, la constancia ajena: para ella un adorador antiguo era un *incunable*. A su lado tenía aquella tarde, en otro palco, lleno de obscuridad, todo de hombres, su *biblia de Gutenberg*, es decir, el ejemplar más antiguo, el amador cuyos platónicos obsequios se perdían para ella en la noche de los tiempos.

Aquel señor, porque ya era un señor como de treinta y ocho a cuarenta años, la quería, sí la quería, bien segura estaba, desde que Elisa recordaba tener malicia para pensar en tales cosas; antes de vestirse ella de largo ya la admiraba él de lejos, y tenía presente lo pálido que se había puesto la primera vez que la había visto arrastrando cola, grave y modesta al lado de su madre. Y ya había llovido desde entonces. Porque Elisa Rojas, sus amigas lo decían, ya no era niña, y si no empezaba a parecer desairada su prolongada soltería, era sólo porque constaba al mundo entero que tenía los pretendientes a patadas, a hermosísimas patadas de un pie cruel y diminuto; pues era cada día más bella y cada día más rica, gracias esto último a la prosperidad de ciertos buenos negocios de la familia.

Aquel señor tenía para Elisa, además, el mérito de que no podía pretenderla. No sabía Elisa, a punto fijo, por qué; con gran discreción y cautela había procurado indagar el estado de aquel misterioso adorador, con quien no había hablado más que dos o tres veces en diez años y nunca más de algunas docenas de palabras, entre la multitud, acerca de cosas insignificantes, del momento. Unos decían que era casado y que su mujer se había

vuelto loca y estaba en un manicomio; otros que era soltero, mas que estaba ligado a cierta dama por caso de conciencia y ciertos compromisos legales... Ello era que a la de Rojas le constaba que *aquel señor* no podía pretender amores lícitos, los únicos posibles con ella, y le constaba porque él mismo se lo había dicho en el único papel que se había atrevido a enviarle en su vida.

Elisa tenía la costumbre, o el vicio, o lo que fuera, de alimentar el fuego de sus apasionados con miradas intensas, largas, profundas, de las que a cada amador de los predilectos le tocaba una cada mes, próximamente. *Aquel señor*, que al principio no había sido de los más favorecidos, llegó, a fuerza de constancia y de humildad, a merecer el privilegio de una o dos de aquellas miradas en cada ocasión en que se veían. Una noche, oyendo música también, Elisa, entregada a la gratitud amorosa y llena de recuerdos de la contemplación callada, dulce y discreta del hombre que se iba haciendo viejo adorándola, no pudo resistir la tentación, mitad apasionada, mitad picaresca y maleante, de clavar los ojos en los del triste caballero y ensayar en aquella mirada una diabólica experiencia que parecía cosa de algún fisiólogo de la Academia de ciencias del infierno; consistía la gracia en querer decir con la mirada, sólo con la mirada, todo esto que en aquel momento quiso ella pensar y sentir con toda seriedad: «Toma mi alma; te beso el corazón con los ojos en premio a tu amor verdadero, compañía eterna de mi vanidad, esclavo de mi capricho; fíjate bien: este mirar es besarte, idealmente, como lo merece tu amor,

que sé que es purísimo, noble y humilde. No seré tuya más que en este instante y de esta manera; pero ahora toda tuya, entiéndeme, por Dios, te lo dicen mis ojos y el acompañamiento de esa música, toda amores.» Y casi firmaron los ojos: Elisa, *tu* Elisa. Algo debió de comprender *aquel señor*, porque se puso muy pálido y, sin que lo notara nadie más que la de Rojas, se sintió desfallecer y tuvo que apoyar la cabeza en una columna que tenía al lado. En cuanto le volvieron las fuerzas se marchó del teatro en que esto sucedía. Al día siguiente Elisa recibió, bajo un sobre, estas palabras: «¡Mi divino imposible!» Nada más; pero era él, estaba segura. Así supo que tal amante no podía pretenderla, y si esto, por una temporada, la asustó y la obligó a esquivar las miradas ansiosas de *aquel señor*, poco a poco volvió a la acariciada costumbre y, con más intensidad y frecuencia que nunca se dejó adorar y pagó con los ojos aquella firmeza del que no esperaba nada. Nada. Llegó la ocasión de ver el personaje *imposible* pretendientes no mal recibidos al lado de su ídolo, y supo hacer, a fuerza de sinceridad y humildad y cordura, compatible con la dignidad más exquisita, que Elisa, en vez de encontrar desairada la situación del que la adoraba de lejos, sin poder decir palabra, sin poder *defenderse*, viese nueva gracia, nuevas pruebas en la resignación necesaria, fatal, del que no podía en rigor llamar rivales a los que aspiraban a lo que él no podía pretender. Lo que no sabía Elisa era que *aquel señor* no veía las cosas tan claras como ella, y sólo a ratos, por ráfagas, creía no estar en ridículo. Lo que más le

iba preocupando cada mes, cada año que pasaba, era naturalmente la edad, que le iba pareciendo impropia para tales contemplaciones. Cada vez se retraba más; llegó tiempo en que la de Rojas comprendió que *aquel señor* ya no la buscaba; y sólo cuando se encontraban por casualidad aprovechaba la feliz coyuntura para admirarla, siempre con discreto disimulo, por no *poder otra cosa*, porque no tenía fuerza para no admirarla. Con esto crecía en Elisa la dulce lástima agradecida y apasionada, y cada encuentro de aquéllos lo empleaba ella en acumular amor, locura de amor, en aquellos pobres ojos que tantos años había sentido acariciándola con adoración muda, seria, absoluta, eterna.

Mas era costumbre también en la de Rojas jugar con fuego, poner en peligro los afectos que más la importaban, poner en caricatura, sin pizca de sinceridad, por alarde de paradoja sentimental, lo que admiraba, lo que quería, lo que respetaba. Así, cuando veía al amador *incunable* animarse un poco, poner gesto de satisfacción, de esperanza loca, disparatada, ella, que no tenía por tan absurdas como él mismo tales ilusiones, se gozaba en torturarlo, en *probarle*, como el bronce de un cañón, para lo que le bastaba una singular sonrisa, fría, semiburlesca.

La tarde de mi cuento era solemne para *aquel señor*; por primera vez en su vida el azar le había puesto en un palco codo con codo, junto a Elisa. Respiraba por primera vez en la atmósfera de su perfume. Elisa estaba con su madre y otras seño-

ras, que habían saludado al entrar a alguno de los caballeros que acompañaban al *otro*. La de Rojas se sentía a su pesar exaltada; la música y la presencia tan cercana de aquel hombre la tenían en tal estado, que necesitaba, o marcharse a llorar a solas *sin saber por qué*, o hablar mucho y destrozar el alma con lo que dijera y atormentarse a sí propia diciendo cosas que no sentía, despreciando lo digno de amor..., en fin, como otras veces. Tenía una vaga conciencia, que la humillaba, de que hablando formalmente no podría decir nada digno de la *Elisa ideal que aquel hombre* tendría en la cabeza. Sabía que era él un artista, un soñador, un hombre de imaginación, de lectura, de reflexión... que ella, *a pesar de todo*, hablaba como *las demás*, punto más punto menos. En cuanto a él... tampoco hablaba apenas. Ella le oiría... y tampoco creía digno de aquellos oídos nada de cuanto pudiera decir en tal ocasión él, que había sabido callar tanto...

Un rayo de sol, atravesando allá arriba, cerca del techo, un cristal verde, vino a caer sobre el grupo que formaban Elisa y su adorador, tan cerca uno de otro por la primera vez en la vida. A un tiempo sintieron y pensaron lo mismo, los dos se fijaron en aquel lazo de luz que los unía tan idealmente, en pura ilusión óptica, como la paz que simboliza el arco iris. El hombre no pensó más que en esto, en la luz; la mujer pensó, además, en seguida, en el color verde. Y se dijo: «Debo de parecer una muerta», y de un salto gracioso salió de la brillante aureola y se sentó en una silla cercana y en la sombra. *Aquel señor* no

se movió. Sus amigos se fijaron en el matiz uniforme, fúnebre que aquel rayo de luz echaba sobre él. Seguía Beethoven en el uso de la orquesta y no era discreto hablar mucho ni en voz alta. A las bromas de sus compañeros el enamorado caballero no contestó más que sonriendo. Pero las damas que acompañaban a Elisa notaron también la extraña apariencia que la luz verde daba al caballero aquel.

La de Rojas sintió una tentación invencible, que después reputó criminal, de decir, en voz bastante alta para que su adorador pudiera oírla, *un chiste*, un retruécano, o lo que fuese, que se le había ocurrido, y que para ella y para él tenía más alcance que para los demás.

Miró con franqueza, con la sonrisa diabólica en los labios, al infeliz caballero que se moría por ella... y dijo, como para los de su palco solo, pero segura de ser oída por él:

—Ahí tenéis lo que se llama... *un viejo verde*.

Las amigas celebraron el chiste con risitas y miradas de inteligencia.

El *viejo verde*, que se había oído bautizar, no salió del palco hasta que calló Beethoven. Salió del rayo de luz y entró en la obscuridad para no salir de ella en su vida.

Elisa Rojas no volvió a verle.

Pasaron años y años; la de Rojas se casó con cualquiera, con la mejor *proporción* de las muchas que se le ofrecieron. Pero antes y después del matrimonio sus ensueños, sus melancolías y aun sus remordimientos fueron en busca del amor más

antiguo, del *imposible*. Tardó mucho en olvidarle, nunca le olvidó del todo: al principio sintió su ausencia más que un rey destronado la corona perdida, como un ídolo pudiera sentir la desaparición de su culto. Se vió Elisa como un *dios en el destierro*. En los días de crisis para su alma, cuando se sentía humillada, despreciada, lloraba la ausencia de aquellos ojos siempre fieles, como si fueran los de un amante verdadero, los ojos amados. «¡*Aquel señor* sí que me quería, aquél sí que me adoraba!»

Una noche de luna, en primavera, Elisa Rojas, con unas amigas inglesas, visitaba el cementerio civil, que también sirve para los protestantes, en cierta ciudad marítima del Mediodía de España. Está aquel jardín, que yo llamaré santo, como le llamaría religioso el derecho romano, en el declive de una loma que muere en el mar. La luz de la luna besaba el mármol de las tumbas, todas pulcras, las más con inscripciones de letra gótica, en inglés o en alemán.

En un modesto pero elegante sarcófago, detrás del cristal de una urna, Elisa leyó, sin más luz que aquella de la noche clara, al rayo de la luna llena, sobre el mármol negro del nicho, una breve y extraña inscripción, en relieve, con letras de serpiente. Estaba en español y decía: «*Un viejo verde.*»

De repente sintió la seguridad absoluta de que *aquel viejo verde* era el suyo. Sintió esta seguridad porque, al mismo tiempo que el de su remordimiento, le estalló en la cabeza el recuerdo de que una de las poquísimas veces que *aquel señor* la

había oído hablar, había sido en ocasión en que ella describía aquel *cementerio protestante* que ya había visto otra vez, siendo niña, y que la había impresionado mucho.

«¡Por mí, pensó, se enterró como un pagano! Como lo que era, pues yo fui su diosa.»

Sin que nadie la viera, mientras sus amigas inglesas admiraban los efectos de luna en aquella soledad de los muertos, se quitó un pendiente, y con el brillante que lo adornaba, sobre el cristal de aquella urna, detrás del que se leía «Un viejo verde», escribió a tientas y temblando: «Mis amores.»

Me parece que el cuento no puede ser más romántico, más *imposible*...

(De *El Señor y lo demás son cuentos*.)

DOS SABIOS

EN el balneario de Aguachirle, situado en lo más frondoso de una región de España muy fértil y pintoresca, todos están contentos, todos se estiman, todos se entienden, menos dos ancianos venerables, que desprecian al miserable vulgo de los bañistas y mutuamente se aborrecen.

¿Quiénes son? Poco se sabe de ellos en la casa. Es el primer año que vienen. No hay noticias de su procedencia. No son de la provincia, de seguro; pero no se sabe si el uno viene del Norte y el otro del Sur o viceversa... o de cualquier otra parte. Consta que uno dice llamarse don Pedro Pérez y el otro don Alvaro Alvarez. Ambos reciben el correo en un abultadísimo paquete que contiene multitud de cartas, periódicos, revistas, y libros muchas veces. La gente opina que son un par de sabios.

Pero ¿qué es lo que saben? Nadie lo sabe. Y lo que es ellos, no lo dicen. Los dos son muy corteses, pero muy fríos con todo el mundo e impenetrables. Al principio se les dejó aislarse, sin pensar en ellos; el vulgo alegre desdeñó el desdén de

aquellos misteriosos pozos de ciencia, que, en definitiva, debían de ser un par de chiflados caprichosos, exigentes en el trato doméstico y con berrinches endiablados, bajo aquella capa superficial de fría buena crianza. Pero, a los pocos días, la conducta de aquellos señores fué la comidilla de los desocupados bañistas, que vieron una graciosísima comedia en la antipatía y rivalidad de los viejos.

Con gran disimulo, porque inspiraban respeto y nadie osaría reirse de ellos en sus barbas, se les observaba, y se saboreaban y comentaban las vicisitudes de la mutua ojeriza, que se exacerbaba por las coincidencias de sus gustos y manías, que les hacían buscar lo mismo y huir de lo mismo, y sobre ello, morena.

Pérez había llegado a Aguachirle algunos días antes que Alvarez. Se quejaba de todo: del cuarto que le habían dado, del lugar que ocupaba en la mesa redonda, del bañero, del pianista, del médico, de la camarera, del mozo que limpiaba las botas, de la campana de la capilla, del cocinero, y de los gallos y los perros de la vecindad, que no le dejaban dormir. De los bañistas no se atrevía a quejarse, pero eran la mayor molestia. «¡Triste y enojoso rebaño humano! ¡Viejos verdes, niñas cursis, mamás grotescas, canónigos egoístas, pollos empalagosos, indianos soeces y avaros, caballeros sospechosos, maníacos insufribles, enfermos repugnantes, ¡peste de clase medial! ¡Y pensar que era la menos mala! Porque el pueblo... ¡uf! ¡el pueblo! Y aristocracia, en rigor, no la había. ¡Y la

ignorancia general! ¡Qué martirio tener que oír, a la mesa, sin querer, tantos disparates, tantas vulgaridades que le llenaban el alma de hastío y de tristeza!

Algunos entrometidos, que nunca faltan en los balnearios, trataron de sonsacar a Pérez sus ideas, sus gustos; de hacerle hablar, de intimar en el trato, de obligarle a participar de los juegos comunes; hasta hubo un tontiloco que le propuso bailar un rigodón con cierta dueña... Pérez tenía un arte especial para sacudirse estas moscas. A los discretos los tenía lejos de sí a las pocas palabras; a los indiscretos, con más trabajo y alguna frialdad inevitable; pero no tardaba mucho en verse libre de todos.

Además, aquella triste humanidad le estorbaba en la lucha por las comodidades, por las pocas comodidades que ofrecía el establecimiento. Otros tenían las mejores habitaciones, los mejores puestos en la mesa; otros ocupaban antes que él los mejores aparatos y pilas de baño; y otros, en fin, se comían las mejores tajadas.

El puesto de honor en la mesa central, puesto que llevaba anejo el mayor mimo y agasajo del jefe de comedor y de los dependientes, y puesto que estaba libre de todas las corrientes de aire entre puertas y ventanas, terror de Pérez, pertenecía a un señor canónigo, muy gordo y muy hablador; no se sabía si por antigüedad o por odioso privilegio.

Pérez, que no estaba lejos del canónigo, le distinguía con un particular desprecio; le envidiaba, despreciándole, y le miraba con ojos provocati-

vos, sin que el otro se percatara de tal cosa. Don Sindulfo, el canónigo, había pretendido varias veces *pegar la hebra* con Pérez; pero éste le había contestado siempre con secos monosílabos. Y don Sindulfo le había perdonado, porque no sabía lo que se hacía, siendo tan saludable la charla a la mesa para una buena digestión.

Don Sindulfo tenía un estómago de oro, y le entusiasmaba la comida de fonda, con salsas picantes y otros atractivos; Pérez tenía el estómago de acibar, y aborrecía aquella comida llena de insoportables *galicismos*. Don Sindulfo soñaba despierto en la hora de comer, y don Pedro Pérez temblaba al acercarse el tremendo trance de tener que comer sin gana.

—¡Ya va un toque! —decía sonriendo a todos don Sindulfo, y aludiendo a la campana del comedor.

—¡Ya han tocado dos veces! —exclamaba a poco, con voz que temblaba de voluptuosidad.

Y Pérez, oyéndole, se juraba acabar cierta monografía que tenía comenzada proponiendo la supresión de los cabildos catedrales.

Fué el sabio díscolo y presunto minando el terreno, intrigando con camareras y otros empleados de más categoría, hasta hacer prometer, bajo amenaza de marcharse, que en cuanto se fuera el canónigo, que sería pronto, el puesto de honor, con sus beneficios, sería para él, para Pérez, costase lo que costase. También se le ofreció el cuarto de cierta esquina del edificio, que era el de mejores vistas, el más fresco y el más apartado del mundanal y *fondil* ruido. Y para tomar café, se le

prometió cierto rinconcito, muy lejos del piano, que ahora ocupaba un coronel retirado, capaz de andar a tiros con quien se lo disputara. En cuanto el coronel se marchase, que no tardaría, el rinconcito para Pérez.

En esto llegó Alvarez. Aplíquesele todo lo dicho acerca de Pérez. Hay que añadir que Alvarez tenía el carácter más fuerte, el mismo humor endiablado, pero más energía y más desfachatez para pedir gollerías.

También le aburría aquel rebaño humano, de vulgaridad monótona; también se le puso en la boca del estómago el canónigo aquél, de tan buen diente, de una alegría irritante y que ocupaba en la mesa redonda el mejor puesto. Alvarez miraba también a don Sindulfo con ojos provocativos, y apenas le contestaba si el buen clérigo le dirigía la palabra. Alvarez también quiso el cuarto que solicitaba Pérez y el rincón donde tomaba café el coronel.

A la mesa notó Alvarez que todos eran unos majaderos y unos charlatanes... menos un señor viejo y calvo, como él, que tenía enfrente y que no decía palabra, ni se reía tampoco con los chistes grotescos de aquella gente.

«No era charlatán, pero majadero también lo sería. ¡Por qué no!» Y empezó a mirarle con antipatía. Notó que tenía mal genio, que era un egoísta y maniático por el afán de imposibles comodidades.

«Debe de ser un profesor de instituto o un archivero lleno de presunción. Y él, Alvarez, que era un

sabio de fama europea, que viajaba de incógnito, con nombre falso, para librarse de curiosos e impertinentes admiradores, aborrecía ya de muerte al necio pedantón que se permitía el lujo de creerse superior a la turbamulta del balneario. Además, se le figuraba que el archivero le miraba a él con ira, con desprecio; ¡habrífase visto insolencia!

Y no era eso lo peor: lo peor era que coincidían en gustos, en preferencias que les hacían muchas veces *incompatibles*.

No cabían los dos en el balneario. Alvarez se iba al corredor en cuanto el pianista la emprendía con la *Rapsodia húngara*... Y allí se encontraba a Pérez, que huía también de Liszt adulterado. En el gabinete de lectura nadie leía el *Times*... más que el archivero, y justamente a las horas en que él, Alvarez el falso, quería enterarse de la política extranjera en el único periódico de la casa que no le parecía despreciable.

«El archivero sabe inglés. ¡Pedantel!»

A las seis de la mañana, en punto, Alvarez salía de su cuarto con la mayor reserva, para despachar las más viles faenas con que su naturaleza animal pagaba tributo a la ley más baja y prosaica... ¡Y Pérez obstruccionista odioso, tenía, por lo visto, la misma costumbre, y buscaba el mismo lugar con igual secreto... y ¡aquello no podía aguantarse!

No gustaba Alvarez de tomar el fresco en los jardines ramplones del establecimiento, sino que buscaba la soledad de un prado de fresca hierba, y en cuesta muy pina, que había a espaldas de la casa... Pues allá, en lo más alto del prado, a la som-

bra de *su* manzano... se encontraba todas las tardes a Pérez, que no soñaba con que estaba estorbando.

Ni Pérez ni Alvarez abandonaban el sitio; se sentaban muy cerca uno de otro, sin hablarse, mirándose de soslayo, con rayos y centellas.

Si el archivero supuesto tales simpatías *merecía* al fingido Alvarez, Alvarez a Pérez le tenía frito, y ya Pérez le hubiera provocado abiertamente si no hubiera advertido que era hombre enérgico y, probablemente, de más puños que él.

Pérez, que era un sabio hispano-americano del Ecuador, que vivía en España muchos años hacía, estudiando nuestras letras y ciencias y haciendo frecuentes viajes a París, Londres, Rusia, Berlín y otras capitales; Pérez, que no se llamaba Pérez, sino Gilledo, y viajaba de incógnito, a veces, para estudiar las cosas de España, sin que éstas se las disfrazara nadie al saberse quién él era; digo que Gilledo o Pérez había creído que el intruso Alvarez era alguna notabilidad de campanario, que se daba tono de sabio con extravagancias y manías que no eran más que pura comedia. Comedia que a él le perjudicaba mucho, pues, sin duda por imitarle, aquel desconocido, boticario probablemente, se le atravesaba en todas sus cosas: en el paseo, en el corredor, en el gabinete de lectura y en los lugares menos dignos de ser llamados por su nombre.

Pérez había notado también que Alvarez despreciaba o fingía despreciar a la multitud insípida y que miraba con rencor y desfachatez al canónigo que presidía la mesa.

La antipatía, el odio se puede decir, que mutuamente se profesaban los sabios incógnitos crecía tanto de día en día, que los disimulados testigos de su malquerencia llegaron a temer que el sainete acabara en tragedia, y aquellos respetables y misteriosos vejetes se fueran a las manos.

Llegó un día crítico. Por casualidad, en el mismo tren se marcharon el canónigo, el bañista que ocupaba la habitación tan apetecida y el coronel que dejaba libre el rincón más apartado del piano. Terrible conflicto. Se descubrió que el amo del establecimiento había ofrecido la sucesión de don Sindulfo y la habitación más cómoda, a Pérez primero, y después a Alvarez.

Pérez tenía el derecho de prioridad, sin duda; pero Alvarez... era un carácter. ¡Solemne momento! Los dos, temblando de ira, echaron mano al respaldo. No se sabía si se disputaban un asiento o un arma arrojada.

No se insultaron, ni se comieron la figura más que con los ojos.

El amo de la casa se enteró del conflicto, y acudió al comedor corriendo.

—¡Usted dirá! —exclamaron a un tiempo los sabios.

Hubo que convenir en que el derecho de Pérez era el que valía.

Alvarez cedió en latín, es decir, invocando un texto del Derecho romano que daba la razón a su adversario. Quería que constase que cedía a la razón, no al miedo.

Pero llegó lo del aposento disputado. ¡Allí fué

ellal También Pérez era el *primero en el tiempo...* pero Alvarez declaró que lo que es absurdo desde el principio, y nulo, por consiguiente, *tractu temporis convalescere non potest*, no puede hacerse bueno con el tiempo; y como era absurdo que todas las ventajas, por gollaría, se las llevase Pérez, él se atenia a la promesa que había recibido... y se instalaba desde luego en la habitación dichosa; donde, en efecto, ya había metido sus maletas.

Y plantado en el umbral, con los puños cerrados amenazando al mundo, gritó:

—*In pari causa, melior est conditio possidentis.*

Y entró y se cerró por dentro.

Pérez cedió, no a los textos romanos, sino por miedo.

En cuanto al rincón del coronel, se lo disputaban todos los días, apresurándose a ocuparlo el que primero llegaba y protestando el otro con ligeros refunfuños y sentándose muy cerca y a la misma mesa de mármol. Se aborrecían, y por la igualdad de gustos y disgustos, simpatías y antipatías, siempre huían de los mismos sitios y buscaban los mismos sitios.

Una tarde, huyendo de la *Rapsodia húngara*, Pérez se fué al corredor y se sentó en una mecedora, con un lío de periódicos y cartas entre las manos.

Y a poco llegó Alvarez con otro lío semejante, y se sentó, enfrente de Pérez, en otra mecedora. No se saludaron, por supuesto.

Se enfrascaron en la lectura de sendas cartas.

De entre los pliegues de la suya sacó Alvarez una cartulina, que contempló pasmado.

Al mismo tiempo, Pérez contemplaba una tarjeta igual con ojos de terror.

Alvarez levantó la cabeza y se quedó mirando atónito a su enemigo.

El cual también, a poco, alzó los ojos y contempló con la boca abierta al infausto Alvarez.

El cual, con voz temblona, empezando a incorporarse y alargando una mano, llegó a decir:

—Pero... usted, señor mío... ¿es... puede usted ser... el doctor... Gilledo?...

—Y usted... o estoy soñando... o es... parece ser... es... el ilustre Fonseca...

—Fonseca el amigo, el discípulo, el admirador... el apóstol del maestro Gilledo, de su doctrina...

—De nuestra doctrina, porque es de los dos: yo el iniciador, usted el brillante, el sabio, el profundo, el elocuente reformador, propagandista... a quien todo se lo debo.

—¡Y estábamos juntos!...

—¡Y no nos conocíamos!...

—Y a no ser por esta flaqueza... ridícula... que partió de mí, lo confieso, de querer conocernos por estos retratos...

—Justo, a no ser por eso...

Y Fonseca abrió los brazos, y en ellos estrechó a Gilledo, aunque con la medida que conviene a los sabios.

La explicación de lo sucedido es muy sencilla. A los dos se les había ocurrido, como queda dicho, la idea de viajar de incógnito. Desde su casa Fonseca, en Madrid, y desde no sé dónde Gilledo, se hacían enviar la correspondencia al balneario,

en paquetes dirigidos a Pérez y Alvarez, respectivamente.

Muchos años hacía que Gilledo y Fonseca eran ^{añ}ña y carne en el terreno de la ciencia. Iniciador Gilledo de ciertas teorías muy complicadas acerca del movimiento de las razas primitivas y otras baratijas prehistóricas, Fonseca había acogido sus hipótesis con entusiasmo, sin envidia; había hecho de ellas aplicaciones muy importantes en lingüística y sociología, en libros más leídos, por más elocuentes, que los de Gilledo. Ni éste envidiaba al apóstol de su idea el brillo de su vulgarización, ni Fonseca dejaba de reconocer la supremacía del iniciador, del maestro, como llamaba al otro sinceramente. La lucha de la polémica que unidos sostuvieron con otros sabios, estrechó sus relaciones; si al principio, en su ya jamás interrumpida correspondencia, sólo hablaban de ciencia, el mutuo afecto, y algo también la vanidad mancomunada, les hicieron comunicar más íntimamente, y llegaron a escribirse cartas de hermanos más que de colegas.

Alvarez, o Fonseca, más apasionado, había llegado al extremo de querer conocer la *vera effigies* de su amigo; y quedaron, no sin confesarse por escrito la parte casi ridícula de esta debilidad, quedaron en enviarse mutuamente su retrato con la misma fecha... Y la casualidad, que es indispensable en esta clase de historias, hizo que las tarjetas aquellas, que tal vez evitaron un crimen, llegaran a su destino el mismo día.

Más raro parecerá que ninguno de ellos hubiera escrito al otro lo de la ida a tal balneario, ni el

nombre falso que adoptaban... Pero tales noticias se las daban precisamente (¡clarol) en las cartas que con los retratos venían.

Mucho, mucho se estimaban Alvarez y Pérez, a quienes llamaremos así por guardarles el secreto, ya que ellos nada de lo sucedido quisieron que se supiera en la fonda.

Tanto se estimaban, y tan prudentes y verdaderamente sabios eran, que depuestos, como era natural, todas las rencillas y odios que les habían separado mientras no se conocían, no sólo se trataron en adelante con el mayor respeto y mutua consideración, sin disputarse cosa alguna..., sino que, al día siguiente de su gran descubrimiento, coincidieron una vez más en el propósito de dejar cuanto antes las aguas y volverse por donde habían venido. Y, en efecto, aquella misma tarde Gilledo tomó el tren ascendente, hacia el sur, y Fonseca el descendente, hacia el norte.

Y no se volvieron a ver en la vida.

Y cada cual se fué pensando para su colete que había tenido la prudencia de un Marco Aurelio, cortando por lo sano y separándose cuanto antes del otro. Porque ¡oh miseria de las cosas humanas! la pueril, material antipatía que el amigo desconocido le había inspirado... no había llegado a desaparecer después del infructuoso reconocimiento.

El personaje *ideal*, pero de carne y hueso, que ambos se habían forjado cuando se odiaban y despreciaban sin conocerse, era el que subsistía; el amigo real, pero invisible, de la correspondencia y de la *teoría común*, quedaba desvanecido... Para

Fonseca, el Gilledo que *había visto* seguía siendo el aborrecido archivero; y para Gilledo, Fonseca, el odioso boticario.

Y no volvieron a escribirse sino con motivo puramente científico.

Y al cabo de un año, un *Fahrbuch* alemán publicó un artículo de sensación para todos los arqueólogos del mundo.

Se titulaba *Una disidencia*.

Y lo firmaba *Fonseca*. El cual procuraba demostrar que las razas aquellas no se habían movido de occidente a oriente, como él había creído, influido por sabios maestros, sino más bien siguiendo la marcha aparente del sol... de oriente a occidente...

(De *El gallo de Sócrates*.)

OBRAS DE LEOPOLDO ALAS

- ✓ EL DERECHO Y LA MORALIDAD (*Discurso del Doctorado*); 1878.
- ✓ PROGRAMA DE ELEMENTOS DE ECONOMÍA POLÍTICA Y ESTADÍSTICA (*Para las oposiciones*); 1882.
- ✓ ALCALÁ GALIANO. (*Conferencia.*) En el tomo II de *La España del siglo XIX*, serie de conferencias históricas publicadas por el Ateneo de Madrid.
- ✓ SOLOS DE «CLARÍN»; 1881. (*Prólogo de Echegaray.*)
- ✓ LA LITERATURA EN 1881 (*En colaboración con don Armandó Palacio Valdés*); 1882.
- LA REGENTA. (*Novela.*) Barcelona, 1884. Dos tomos. (*Prólogo de Pérez Galdós.*)
- ... SERMÓN PERDIDO (*Crítica y sátira*); 1885.
- PIPÁ.—AMOR È FURBO.—MI ENTIERRO.—UN DOCUMENTO.—AVECILLA.—EL HOMBRE DE LOS ESTRENOS.—LAS DOS CAJAS.—BUSTAMANTE.—ZURITA (*Novelas cortas*); 1886.—Hay ediciones separadas de LAS DOS CAJAS; 1899 (*Biblioteca Mignon*, tomo III), y de ZURITA; 1900.
- UN VIAJE A MADRID (*Folletos literarios, I*); 1886.
- CÁNOVAS Y SU TIEMPO (*Folletos literarios, II*); 1887.
- APOLO EN PAFOS (*Folletos literarios, III*); 1887.
- NUEVA CAMPAÑA (1885-1886); 1887.
- MIS PLAGIOS.—UN DISCURSO DE NÚÑEZ DE ARCE (*Folletos literarios, IV*); 1888.
- A O,50 POETA (*Folletos literarios, V*); 1889.
- ✓ MEZCLILLA; 1889.
- BENITO PÉREZ GALDÓS (Estudio crítico biográfico); 1889. (*Celebridades españolas contemporáneas, I.*)
- RAFAEL CALVO Y EL TEATRO ESPAÑOL (*Folletos literarios, VI*); 1890.
- MUSEUM (*Mi revista*), número primero (*Folletos literarios, VII*); 1890.

SU ÚNICO HIJO (*Novela*); 1890. (Nueva edición en el tomo II de *Obras completas*.)

UN DISCURSO (*Folleto literario, VIII*); 1891.

DOÑA BERTA. — CUERVO. — SUPERCHERÍA (*Novelas cortas*); 1892.

ENSAYOS Y REVISTAS (1888-1892); 1892.

EL SEÑOR Y LO DEMÁS, SON CUENTOS (*Sin año; 1892 o 1893*).

PALIQUE; 1893.

TERESA (Ensayo dramático en un acto y en prosa); 1985.

CUENTOS MORALES; 1896.

✓ CRÍTICA POPULAR. Valencia, 1896. (*Biblioteca de vulgarización literaria*. Tomo I.)

EL GALLO DE SÓCRATES. Barcelona, 1901. (PÓSTUMA.)

SIGLO PASADO (*Sin año; 1901*). (PÓSTUMA.)

BENITO PÉREZ GALDÓS. (*Obras completas*. Tomo I.)

EL DOCTOR SUTILIS. (*Cuentos, Obras completas*. Tomo III.)

ÍNDICE